

Nepad: una expresión del Renacimiento Africano

Celma Agüero

Ésta no es la primera vez que en África se habla de Renacimiento. A mediados del siglo XX, antes de las independencias, cuando las movilizaciones sociales y políticas sacudían gran parte del mundo colonial, los proyectos ya hacían referencia a un posible renacimiento. Grupos de intelectuales y políticos diseñaban el futuro del continente haciendo eje en el panafricanismo y las independencias, para construir nuevas relaciones con los países dominantes.

En África contemporánea el concepto de *Renacimiento* fue propuesto y utilizado por primera vez por el gran pensador senegalés Cheikh Anta-Diop, quien en 1948 se preguntaba: “¿Cuándo podremos hablar de un renacimiento africano?” Para él sólo la recuperación propia de la historia africana podía dar inicio al desarrollo de sus pueblos. Consideraba que la integración del continente suponía la ruptura con cinco siglos de dominación. Se trataba de hacer un análisis crítico de ese pasado para restituir la visión histórica y aportar visibilidad al futuro. La actualidad parece darle la razón: después de muchos debates, la visión africanista de la realidad está en decadencia, mientras resurge la conciencia panafricana junto a la voluntad de construcción desde la experiencia propia.

En otras latitudes se había hablado de Renacimiento después de experiencias dramáticas de guerras y resistencias: en Europa al final de la segunda guerra mundial, en Corea del Sur después de la guerra devastadora de 1950 a 1953, en Japón durante la revolución Meiji. Pero es la referencia clásica al Renacimiento europeo de los siglos XV y XVI, inspirador de la renovación artística y científica como una *ruptura*, la que marca con fuerza al Renacimiento Africano.

En los albores del siglo XXI, una serie de rupturas se proponen: en primer lugar con el colonialismo y con la forma paternalista de la cooperación bilateral con los países industrializados; con la política de créditos y de ayudas; con los planes de desarrollo que se diseñan y se implementan desde el exterior. Esas rupturas y muchas otras ofrecen espacio para el surgimiento de un espíritu nuevo, sustentado en una revitalizada conciencia histórica.

El Renacimiento se refiere también a un acto de voluntad social que construye y concreta una visión del futuro. Esa voluntad no se delega ni se realiza por obra de otros.

Este panorama comenzó a diseñarse en África del Sur en los primeros años del gobierno de Nelson Mandela después de la transformación política y social que significó la liberación con el fin del *apartheid*. Desde 1994 el presidente Mandela comenzó a nombrar al Renacimiento Africano como el anhelo de un pueblo y el proyecto de un gobierno. Mbeki recogió la idea para convertirla en un proyecto continental cuando otros países aceptaron asociar planes y aportar programas.

Cuando Mbeki, siendo ya presidente, inauguró el Instituto del Renacimiento Africano en 1998, en uno de sus discursos más vibrantes convocó a respaldar ese proyecto “que convertiría el siglo XXI en el siglo de África”. Era un llamado al movimiento popular, a todos los estamentos sociales y a los gobiernos, recordando que en el pasado reciente la idea del Renacimiento

había sido propagada por activistas de la liberación en distintos países, sin que hubiese entonces condiciones para emprender su construcción. Ahora, decía Mbeki, éstas existen:

a) Se ha terminado el proceso de liquidación del sistema colonial con la liberación de Sudáfrica; b) los países de todo el continente han reconocido la bancarrota del neocolonialismo; c) como consecuencia del fin de la guerra fría, se ha debilitado en el continente la lucha entre los grandes poderes por las esferas de influencia; d) se han actualizado los procesos de globalización. Teniendo en cuenta estas circunstancias, debemos partir de la proposición fundamental de que los pueblos de África comparten el mismo destino. Cada uno debe alcanzar la paz, el desarrollo sostenido y un mejor nivel de vida para su gente. Hablamos de un continente que está a la cabeza de la evolución de la vida humana y ha sido el centro más importante del aprendizaje, la tecnología y las artes en tiempos antiguos.

Mbeki se ocupará de insistir en la fuerza de la historia:

África puede contar con su creatividad y renacer para entrar en el mundo de la globalización con sus propias fuerzas. Pero también la experiencia desde su historia le ha mostrado épocas traumáticas que han empujado a los pueblos a la pobreza y la marginación de las que han podido sobrevivir gracias a su capacidad de recuperación y de diálogo o resistencia frente a las fuerzas dominantes. Tres periodos marcaron esa historia. El de la esclavitud, cuando millones de los más productivos habitantes fueron capturados y tratados como infrahumanos.

El del imperialismo y colonialismo que resultó en extracción de materias primas, destrucción de la agricultura y de la seguridad alimentaria así como en la integración de África a la economía mundial como participante de servicio.

El del neocolonialismo que perpetuó aquel sistema económico y posibilitó la emergencia de elites corruptas en los Estados independientes destinadas a unirse con las fuerzas dominantes y que sometieron a los países a periodos de empobrecimiento in-

soportable [...] En ese tiempo el continente experimentó sistemas políticos inestables, guerras civiles, genocidios y millones de refugiados junto al surgimiento de las deudas externas.

En el centro de la propuesta de Mandela sobre el Renacimiento Africano desde África estaban: no olvidar esa experiencia ni el vigor de la historia. Esta concepción, adoptada y difundida por Thabo Mbeki, acentuaba el valor de los conocimientos endógenos y de la educación como puntales de ese movimiento.

Hacia los países del continente las metas del Renacimiento apuntaban a establecer sistemas democráticos para cumplir el objetivo de que “el pueblo debe gobernar”; asegurar que se respeten las especificidades propias para dar solución a los problemas de distintos grupos, establecer instituciones capaces de posibilitar la democracia y, esencialmente, paz y estabilidad para lograr un desarrollo sustentable que permita elevar los niveles de vida.

Hacia el exterior mostraba la importancia del rescate africano de su propia economía, proyectando inversiones locales, nuevos programas estatales para cambiar las relaciones con los países desarrollados: en lugar de pedir ayuda, proponer asociaciones y ofrecer condiciones de inversión preservando el derecho de controlar la dirección de los proyectos y tomando la responsabilidad de su ejecución y de la planificación del futuro.

Otra meta fundamental es la de cambiar el lugar de África en la economía mundial para liberarse del peso de la deuda. Esto significa impulsar una real independencia de todo el continente en las relaciones de cada país con las grandes potencias. Se trataría de reforzar la participación en la construcción del sistema global en todos los órdenes (político, económico, de seguridad, información, propiedad intelectual, medio ambiente, ciencia y tecnología). El respaldo de la sociedad civil, la lu-

cha exitosa contra el sida, la emancipación y participación de las mujeres son claves para perseguir estos propósitos.

Mbeki es claro al advertir que “habrá fuerzas que se opongan a esta lucha dentro y fuera del continente”, y que por ello “sufrirá algunos frenos en su marcha”. También aborda las sospechas sobre las intenciones de Sudáfrica en la conducción del movimiento: “Es imprescindible que las poblaciones sepan y confíen en que ningún país (al margen de su mayor o menor contribución al Renacimiento) pretende imponerse a los demás como potencia hegemónica y que las fuerzas del cambio deben valorarse y ponerse en práctica en cada país”.

Las actividades del presidente Mbeki para movilizar el interés por el proyecto fueron intensas y eficaces. En 1999 visitó y estableció acuerdos con países de África con los cuales su país no había tenido relaciones bilaterales o las acababa de establecer. Cumplió un amplio plan de conferencias, mesas redondas, reuniones académicas en universidades de Asia, Estados Unidos y Europa, asistió a encuentros en foros como las Naciones Unidas en Nueva York, o la Comunidad Europea, en Bélgica. En cada auditorio desarrolló su idea como iniciativa para reforzar el potencial africano, eliminar las fuentes de conflicto y restablecer las capacidades propias. “Se han dado pasos —decía— para persuadir a distintas instituciones y organismos internacionales de que compartimos puntos de vista desde la visión estratégica de un Renacimiento Africano, al que ellos ofrecerán apoyo, guiados por las propuestas de los pueblos de África”.

El nuevo nacimiento, en palabras de Mbeki,

requiere tener la naturaleza de una *rebelión*. Pero, ¿de qué modo puede manifestarse el Renacimiento como una rebelión? En la medida en que puede producir paz y estabilidad que son precondiciones para el crecimiento y el desarrollo. Por ello la rebelión contra las condiciones de la pobreza es ineludible.

En la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas (septiembre 2000), el presidente sudafricano sostuvo que:

la pobreza generalizada de África se explica por la presencia de numerosos factores negativos. La marginalización económica y política es mayor que en la década de los sesenta, mientras la proliferación de los conflictos (44 países en guerra) corroe seriamente los órganos de la sociedad civil, las infraestructuras y los Estados. Peor aún es el hecho de que 10 veces más personas murieron de sida en la región, que en todas esas guerras.

Otra rebelión es contra los fenómenos llamados *Fatiga Africana* y *Afropesimismo*. La *Fatiga Africana* se refiere a una percepción global que acentúa la pérdida de valor estratégico del continente después de la guerra fría, y sostiene que, a causa de su falta de desarrollo, discriminación, corrupción y conflictos, perdió también su potencial de respaldos, importante para las inversiones y ayudas de la comunidad internacional.

El *Afropesimismo* se refiere al discurso sobre la incapacidad local para detener sus conflictos regionales y las crisis de los refugiados; se refiere también a la falta de voluntad para intervenir en los sistemas de gobierno y en la defensa de los derechos humanos; a la incapacidad de solucionar los enormes problemas de pobreza y deuda, y su dependencia de la caridad; a sus débiles infraestructuras, así como a la deteriorada calidad de vida de su gente y la enorme difusión del sida, como signos de su inviabilidad.

Esta visión resulta, en muchos casos, de interpretaciones influidas por etnólogos y antropólogos que no pudieron sacudirse del etnocentrismo. De modo que leyeron y leen las realidades africanas desde valores y percepciones simplificadas de la civilización occidental. Por ejemplo, si los productores de cacao, café, cacahuete, algodón o banana son tan pobres es “porque insisten en conservar sus creencias ancestrales”. También

sostienen que los trabajadores urbanos se privan de hacer ahorros que podrían convertirse en inversiones productivas, porque viven sometidos a la presión de las comunidades a través del parentesco y sus obligaciones. Más aún, algunos llegaron a las teorías del clima para explicar el atraso. Otros, con la teoría de la explosión demográfica van tan lejos como para culpar a los pobres por tener tantos hijos y convertir a las madres en “objetos” de las políticas de población.

De modo similar, en el marco del debate neoliberal sobre la crisis económica se llega a la teoría de la pobreza en espiral regresiva, es decir, a establecer como definitiva la relación entre crecimiento de la población y degradación del medio ambiente, marginando otros factores que inciden en esta degradación. En Costa de Marfil, por ejemplo, el ascenso de la economía de plantación, propiciado por compañías trasnacionales, ha causado la destrucción de cuatro quintas partes de los bosques en sólo 50 años.

En cuanto a las guerras, muchos de los conflictos que empobrecen a África se entienden mejor en el contexto de la disputa entre grupos nacionales e internacionales de interés, por recursos económicos (petróleo, uranio, cobre, diamantes, cobalto, oro o aluminio). Estos grupos manipulan al mismo tiempo la etnicidad como parte de su estrategia para conquistar o arrebatarse el poder, y provocan las llamadas “guerras interétnicas”.

Frente a éstas y otras interpretaciones, el discurso del Renacimiento Africano destaca otras realidades para sustentar su proyecto.

En las aldeas y en los barrios de las ciudades donde la pobreza hace estragos, actores anónimos demuestran la capacidad de las sociedades y sus habilidades para innovar frente a los mecanismos de empobrecimiento. Desde la década de los años setenta (y aún antes), hay innumerables experiencias de asociaciones rurales, que avanzan en acciones de desarrollo lo-

cal y de trabajo colectivo; de organizaciones en áreas urbanas, de empresas locales protegiendo industrias locales; de gente hallando y difundiendo sus propias voces a través de radios rurales e imprentas privadas, embarcándose en la defensa de sus comunidades frente a políticas del Estado. Existe igualmente una tradición de asociaciones activas, sin apoyos estatales, de investigadores, científicos, escritores y artistas de reputación internacional, que reflexionan, estudian y producen soluciones originales.

La experiencia muestra los niveles de éxito que tienen los grandes comerciantes hausa y yoruba en Nigeria, o las famosas “Nana Benz” de Lomé, Cotonú, Kinshasa y Douala, empresarias que dominaron la importación de automóviles europeos y, cuando fue necesario, usaron las mismas redes para distribuir telas importadas en un circuito mayor. Sociedades de amigos o “tontines” constituyen un sistema donde la gente puede intercambiar dinero y trabajo pero también comidas, ritos, obligaciones y consejos. La innovación, la reinención de tradiciones y el resurgimiento de saberes, habilidades y conocimientos son manifestaciones de sociedades y economías que, desde las culturas locales, ofrecen respuestas adecuadas a las demandas de orden económico. Se trata de lo que se ha llamado conocimiento endógeno —técnico, científico, filosófico, artístico—, herencia de milenios de creatividad, presente en las sociedades actuales y rescatado como eje de la idea de Renacimiento.

La herencia y la práctica cotidiana que se transforma abren paso a nuevas relaciones sociales. La necesidad de reconocer estos procesos y descubrir sus códigos es un desafío permanente para el pensamiento social y la práctica política. El Foro Social Africano mostró, por ejemplo, en Malí 2001, la existencia de diversas concepciones sobre el Renacimiento. El Nepad es la expresión de una de ellas.

El Nepad

El origen y formulación del programa llamado Nueva Asociación para el Desarrollo de África (Nepad, New Partnership for African Development Programme), se ubica en el momento del triunfo sobre la política del *apartheid* y a la luz de la idea del Renacimiento Africano, circunstancia que abrió un nuevo horizonte para pensar los problemas del continente.

El Nepad es el resultado de la confluencia de dos propuestas: el MAP (Millennium Programme Partnership for African Recovery), un plan de desarrollo político democrático y de derechos humanos, y el Plan Omega, de Abdulaye Wade, presidente de Senegal, que hacía énfasis en la construcción de infraestructura como condición para el despegue. Ambos se habían presentado como proyectos *africanos* destinados a enfrentar los problemas socioeconómicos y de inestabilidad política en el continente. La identidad de fines y la complementariedad de sus objetivos, en julio de 2001, propiciaron su unificación en un plan que recibió el nombre de New African Initiative (NAI). Poco después, en octubre, en la reunión de Abuja, este plan toma el nombre de Nepad.

En ese momento, cuatro presidentes elegidos en procesos democráticos se hicieron responsables del programa: Thabo Mbeki de Sudáfrica, Olusegun Obasanjo de Nigeria, Abdoulaye Wade de Senegal y Abdulaziz Buteflika de Argelia. Ellos vieron en el Nepad un instrumento nuevo para negociar apoyo e inversiones para el continente. Así también fue percibido por numerosas organizaciones de la sociedad civil, intelectuales y líderes de opinión que lo acogieron con interés.

La iniciativa se proponía, para 2015, reducir la población en situación de extrema pobreza y la mortalidad infantil, aumentar los servicios de salud reproductiva y la tasa de escolarización, eliminar la desigualdad de género, incrementar el

perfil tecnológico del continente, dar fin a la fuga de cerebros e invertir en la formación de recursos humanos, atacar la pandemia del sida y luchar contra la destrucción del medio ambiente.

Según sus organizadores el programa reclama “un nuevo tipo de liderazgo africano compuesto por hombres y mujeres disciplinados, bien preparados, con vocación de trabajo” y que, a diferencia de otros planes, “acentúe su interés por la gente”.

El Nepad establecerá un sistema de partenariado entre los Estados en proceso de consolidación democrática, en el continente, y los países desarrollados. Se entiende por los primeros, aquéllos capaces de promover el desarrollo económico, la equidad social, la unidad nacional y el respeto por los derechos humanos. Ellos serán los interlocutores de los países desarrollados que pueden proveer de capitales en forma de inversiones, para luchar contra la pobreza y apoyar un sistema de comercio internacional equitativo.

La mayoría de los países africanos ha sufrido malos gobiernos en los últimos 30 años y el entorno económico internacional ha sido adverso en términos de flujo de capitales. A eso se suman las pérdidas provocadas por el intercambio desigual entre exportación de materias primas e importación de tecnología y productos manufacturados. Además, las políticas proteccionistas de Europa dañaron las posibilidades de competencia africana en el mercado de productos agrícolas y ganaderos.

El Nepad aportó nuevos criterios para regular la inversión privada, nacional y extranjera, orientándola hacia niveles locales, nacionales y regionales (entendida la región como agrupamiento de países), para desarrollar políticas macroeconómicas adecuadas y un comercio internacional equitativo. También proyecta la inversión hacia diversos sectores de la economía teniendo en cuenta que la —novedosa— integración regional puede alentar el incremento de la infraestructura básica compartida entre grupos de países miembros (dado que la débil in-

fraestructura disponible responde a viejos diseños nacionales sin objetivos de economía abierta y sin coordinación entre países vecinos). De este modo, la producción manufacturera podría asegurar avances en la resolución de necesidades básicas de educación y salud, así como en la producción de alimentos y en la expansión del empleo y el ahorro.

Esas políticas permitirían al continente lograr un índice de crecimiento anual de entre 7% y 12 % que, combinado con préstamos a bajo interés e inversiones privadas —locales y extranjeras—, debería alcanzar los 64 000 MDD al año, indispensables para poner en marcha el programa.

Después de debatirse los puntos fundamentales del Nepad, en julio de 2002, 15 jefes de Estado suscribieron en Pretoria su aprobación para que actúe como el motor económico de la Unión Africana.

La adopción del Nepad es considerada por grupos destacados de dirigentes políticos como una de las más importantes decisiones de los tiempos actuales, por haber concebido un programa de desarrollo sustentable, fincado en valores democráticos, capaz de ubicar al continente en la agenda global.

Estructura del Nepad

La estructura del Nepad está basada en tres componentes. El primero provee las precondiciones para el desarrollo sustentable: iniciativas de paz, seguridad, democracia y gobernabilidad política, iniciativas de gobernabilidad económica y corporativa, proyectos regionales y subregionales de desarrollo. El segundo enuncia las prioridades sectoriales para resolver las brechas de infraestructura: iniciativas de desarrollo de recursos humanos, agricultura, medio ambiente, cultura, ciencia y tecnología. El

tercer componente concierne a la movilización de recursos referidos a la iniciativa del flujo de capitales y de acceso al mercado.

El Nepad está ligado a programas existentes a los que no pretende reemplazar ni confrontar; se propone más bien establecer vínculos y sinergias de modo que las actividades puedan integrarse y coordinarse según las posibilidades y necesidades localmente identificadas.

El Nepad realiza un esfuerzo especial para participar en conferencias internacionales como la de la Financiación para el Desarrollo (FFD, por sus siglas en inglés), la Cumbre Mundial para el Desarrollo Sustentable (WSSD, por sus siglas en inglés), la Organización Mundial del Comercio (OMC), entre otras, con el fin de integrarse al sistema multilateral. Está integrado por 15 Estados, cuya distribución en el continente es como sigue:

Los Estados que integran el Nepad
y su distribución en el continente

Norte de África:	Argelia, Egipto, Túnez
África Occidental:	Nigeria, Senegal, Malí
África Central:	Camerún, Gabón, Santo Tomé y Príncipe
África Oriental:	Etiopía, Mauricio y Rwanda
África del Sur:	Sudáfrica, Botswana y Mozambique

El Comité de Organización y Gobierno está compuesto por los jefes de esos Estados; es presidido por Olusegun Obasanjo, presidente de Nigeria; como vicepresidentes están Abdulaziz Bouteflika, de Argelia, y Abdulaye Wade, de Senegal. Su función es la de establecer políticas y prioridades del programa de acción. Un secretariado ubicado en el Banco de Desarrollo de Áfri-

ca Austral, en Midrand, tiene a su cargo la coordinación y la función administrativa y logística. Apenas creado, el Comité de Organización formuló una serie de principios de gobierno y recibió el mandato de desarrollar un plan de comercio y comunicaciones a niveles nacional, regional, continental e internacional.

Se han establecido cinco equipos para preparar y asegurar la realización de proyectos y programas: Sudáfrica coordinará la iniciativa de Paz, Seguridad, Democracia y Gobernabilidad Política; Nigeria, las de Gobernabilidad Económica y Corporativa y de estándares financieros; Egipto, las referentes a la agricultura y el acceso al mercado; Argelia, el desarrollo de recursos humanos, y Senegal, la iniciativa de infraestructura.

En la segunda Reunión de Jefes de Estado y del Comité de Organización y Gobierno (Abuja, marzo 2002) se estableció como primordial el compromiso por la paz, y se encargó al Subcomité de Paz y Seguridad intensificar sus acciones para la prevención de conflictos.

En la agenda de este Comité tiene prioridad el desarrollo de procesos democráticos y de gobernabilidad, para lo cual se acordó un control entre pares. Un mecanismo efectivo de vigilancia, diseñado y manejado por africanos, poseerá credibilidad y transparencia en las relaciones de los líderes con sus pueblos y con el resto del mundo. Esto permitiría a los países del continente intervenir y sancionar en todas las situaciones que consideren contrarias a los principios acordados de gobernabilidad política y económica. El Comité de Organización ha revisado además la parte correspondiente a la gobernabilidad económica y corporativa, con el fin de promover una sólida gestión financiera macroeconómica, cuya responsabilidad está en manos de los países miembros.

El Nepad y el Grupo de los Ocho

Desde la concepción misma de un plan de desarrollo para África que pudiera formar parte de las dinámicas de la globalización, estaba clara la necesidad de establecer un diálogo con los países más desarrollados. La difícil historia de los encuentros con estos países ha ofrecido al naciente Nepad algunas pautas para su concreción en términos de límites, posibilidades y afianzamiento de principios.

Las propuestas africanas para el desarrollo han estado presentes, expresadas por la NAI y después por el Nepad, desde el año 2000, cuando el Grupo de los Siete (G-7) se reunió en Tokio, así como en las reuniones que se sucedieron con el Grupo de los Ocho (G-8) en Génova 2001, Monterrey, en marzo de 2002, y Kananaskis, Canadá, en junio de 2002. En estas cumbres, el tema de África debió compartir agenda con los problemas prioritarios de cada momento; por ejemplo, Medio Oriente, la proliferación de armas nucleares y las guerras antiterrorismo; de hecho fue marginado hasta la reunión de Canadá. Fue aquí donde por primera vez, el Nepad pudo presentarse en detalle. Su discusión con cierta profundidad, especialmente en lo que se refiere a sus implicaciones financieras, despertó grandes expectativas entre los africanos. Sin embargo, la reacción de los países industrializados, retóricamente elogiosa, expresó en definitiva, si no una oposición, un débil interés por el proyecto.

La respuesta del G-8 fue un Plan de Acción que acogió la iniciativa como una visión clara del desarrollo de África y aceptó la invitación para construir un nuevo partenariado basado en la responsabilidad y el respeto mutuos. El Plan de Acción se propuso “estimular el esfuerzo imaginativo que está en las bases de Nepad con un fundamento sólido para la cooperación futura”. Promete, igualmente, alentar las relaciones sur-sur y tomar medidas para asegurar la continuidad del diálogo cons-

tructivo iniciado. El texto tiene ocho partes referidas a paz y seguridad, instituciones y gobernabilidad, fomento del comercio, crecimiento económico y desarrollo sustentable, alivio de las deudas, incremento de los niveles de salud y lucha contra el sida, aumento de la productividad agrícola y la gestión del agua. De él se recuperan las siguientes ideas fundamentales.

Los países del G-8 expresan su intención de establecer asociaciones con aquellos países que cumplan las propuestas del Nepad; es decir, los que hayan logrado gobernabilidad, respeto de las leyes, inversiones; los que ofrecen promover la paz y seguridad en África y capacitación para estimular el comercio; los que consideran que es decisivo el mecanismo de vigilancia y control por los pares y se proponen trabajar también con los países que no alcanzaron los niveles requeridos por el Nepad, pero que se han comprometido a implementarlos. Así, el G-8 se propondrá cumplir el Plan de Acción según sus capacidades individuales o colectivas, y sólo a través de las instituciones internacionales a las que pertenece cada uno de sus miembros. Lo que significa continuar con las políticas en curso. El Plan también reiteró el propósito expresado en Monterrey de acordar a África al menos la mitad —equivalente a 6 000 MDD— del incremento a la “ayuda” pública al desarrollo que se alcanzará para 2006.

En definitiva, los países desarrollados se limitaron a agrupar iniciativas existentes sin nuevos compromisos financieros con el Nepad. La iniciativa más concreta es el ofrecimiento de 1 000 MDD a los países más desfavorecidos, a manera de débil gesto muy alejado de las necesidades expuestas en el programa. Los países europeos del Grupo acordaron aumentar su ayuda ya establecida, en 8 000 MDD en 2002, llevando al 0.39% de su riqueza nacional el promedio de aportes que actualmente es de 0.33%. La debilidad de la respuesta al proyecto africano parece explicarse por la facilidad con que se destinaron 20 000 MDD

para asegurar la reducción de ojivas nucleares de la ex Unión Soviética.

Si a esto se agrega la notable ausencia de compromiso con el programa Educación para Todos, promovido por el Banco Mundial y diseñado cuidadosamente con datos exhaustivos por las organizaciones no gubernamentales (ONG) como la OXFAM, la frustración se expresa contundente. Los comentarios que mereció esta reunión son coherentes con sus resultados. Entre las numerosas críticas, la de Cheick Ch. Cisse, historiador de Malí, dice: “La Cumbre de los Ocho no ha engendrado nada. No hubo nada concreto en Kananaskis, fue una simple operación de marketing”.

Por su parte, los miembros del G-8 expresaron satisfacción. Jacques Chirac se felicitó de “un partenariado de tipo nuevo, que no será ni complaciente ni retórico”. Jean Chrétien consideró que este acuerdo dará al continente africano un nuevo punto de partida. Tony Blair expresó que esperaba buenos resultados de la presentación del Nepad y que había confiado sin éxito en sus aliados —Estados Unidos y Japón—; declaró que el G-8 “afirmó sobre todo su voluntad de ayudar a África a ayudarse a sí misma”.

Los presidentes africanos, que con tanta decisión fueron construyendo la estructura del Nepad a lo largo de dos años de intensa actividad de difusión en el continente, promoviendo el proyecto en reuniones internacionales de distinto origen y especialmente con el G-8, vieron sus expectativas frustradas. Sin embargo, para asombro de muchos, el presidente nigeriano O. Obasanjo declaró: “Estamos satisfechos, este acuerdo dará al continente africano un nuevo impulso”.

Esas palabras expresaron tal vez no sólo la paciencia con que los líderes africanos han logrado iniciar un diálogo con el G-8 sino también la certeza de que la fundación de la Unión Africana a realizarse pocos días más tarde en Durban (julio de

2002) daría fuerza a los proyectos de consolidación de sus iniciativas.

El Nepad y la Unión Africana

Cuando la Organización de la Unidad Africana (OUA), fundada en 1963 —para preservar y activar las independencias políticas y cambiar las relaciones con los países coloniales—, celebró su reunión número 38, cedió su espacio al nacimiento de la Unión Africana (UA).

De este modo, la OUA, después de haber construido no sin dificultad la unidad interna del continente, responde hoy a la necesidad de formar un bloque frente a un mundo económicamente complejo y lleno de dificultades, el mundo de la globalización.

La primera asamblea de la UA contó con la asistencia de 36 jefes de Estado del continente y la presencia, celebrada por la multitud, de Nelson Mandela y del secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, así como de representantes de otros países y de 25 000 sudafricanos.

Cinco jefes de Estado que representaron cinco regiones del continente pronunciaron los discursos de apertura, el 9 de julio de 2002. Thabo Mbeki, también presidente de la UA, hizo un llamado a trabajar en favor de la nueva forma de gobernar porque “la situación demanda de nosotros un nuevo comienzo para un continente que debe recuperarse de un atraso inmenso en la era de la mundialización. Gobernabilidad y lucha contra la corrupción van a la par así como la misión de terminar con la pobreza y alcanzar el desarrollo del continente”.

La Unión Africana cuenta con 53 miembros que representan a todos los países del continente salvo Marruecos —que se retiró de la OUA en 1985 cuando ésta admitió como miembro a

la República Árabe Saharaui—. Madagascar tampoco estuvo en Durban al negarse la invitación a su presidente por haber surgido de elecciones fraudulentas.

En esta primera reunión se adoptaron los textos fundamentales sobre los órganos prioritarios de la nueva organización: la Asamblea (órgano supremo), el Consejo Ejecutivo, el Comité Permanente de Representantes y la Comisión. Se creará además un Consejo de Paz y Seguridad que intervendrá para ayudar a sus miembros a evitar guerras, conflictos y violaciones de los derechos humanos.

Impulsada por la Unión Europea (UE) y organizada a su semejanza, la Unión Africana está dotada de un Parlamento, un Banco Central, un Consejo de Seguridad de 15 miembros y de una fuerza de paz. Se apoyará en el Nepad en busca de asociaciones para impulsar el crecimiento económico sustentable.

La fundación de la UA, además de los mandatarios presentes, fue celebrada por los medios masivos de comunicación en todo el continente. A la vez, en Europa y Estados Unidos proliferaron las declaraciones expresando apoyo y expectativas de nuevas posibilidades económicas y políticas para los países de África y para sus relaciones con la UE y con el gobierno de Washington. Al mismo tiempo los estudios críticos surgidos en institutos de investigación, universidades, agrupaciones de intelectuales y de políticos, comités, foros sociales, ONG, aparecieron como expresión de un interés activo en la historia de estas propuestas y sus perspectivas.

Las críticas más severas se dirigen en primer lugar a la falta de unidad que detrás de la reunión de Durban se advirtió entre bloques de países o entre dirigentes políticos.

Si bien en su discurso inaugural Mbeki afirmó que después del colonialismo “la dignidad y el valor de África aseguraron que los africanos posean y controlen África”, sus palabras no alcanzaron para ocultar las divisiones y disparidades entre

los presentes. Khadafi, por ejemplo, insistió en que se cambiara el acta de fundación para crear un país único con un solo ejército, en lugar de la unión de países, propuesta que fue rechazada después de una difícil discusión. A la vez, el plan de la UA tiene serios opositores entre Malawi, Tanzania, Zimbabwe y Namibia. Por otra parte, algunos líderes temen que se trate de una forma de intervención de Occidente para dividir el continente en países aceptados o no aceptados. No obstante, la gran mayoría de los gobernantes allí reunidos compartieron la certeza de haber logrado fundar una nueva institución que mira al futuro con fuerza propia y tiene raíces en el pasado.

El tránsito de la OUA a la UA no es ajeno a las fundadas críticas por la falta de respeto que algunos líderes muestran por sus pueblos y por la oposición. Teniendo en cuenta el imperativo de gobernar de manera nueva, buscando la integración política y económica del continente, es indispensable oír la voz de los pueblos que exigen democracia, fin de la corrupción, gobernabilidad, respeto a los derechos humanos, paz y estabilidad.

En esa reunión inaugural, Kofi Annan, al comparar el proyecto de la Unión Africana con el de la Unión Europea, destacó las grandes dificultades que se plantean para África, pero también expresó su confianza en la capacidad de los africanos para ejercer la democracia por consenso, aludiendo a la antigua experiencia política del respeto de los gobernantes por sus pueblos.

Bibliografía

Bond, Patrick, "South Africa's Agenda in 21st Century Global Governance", en *Review of African Political Economy*, núm. 89, 2001, pp. 415-428.

- “Briefing by President Thabo Mbeki at the World Economic Forum Meeting Davos, 28 de enero de 2001. Millennium Africa Renaissance Programme Implementation Issues”, en *Review of African Political Economy*, núm. 87, vol. 28, 2001, pp. 108-110.
- Brydom, L. y Love, R., “The State of the Union, Africa in 2001”, en *Review of African Political Economy*, núm. 87, 2001, pp. 319-322.
- Dopcke, W., “A salvação para Africa? Thabo Mbeki e seu New Partnership for African Development”, *Revista Brasileira de Política Internacional*, Instituto Brasileiro de Relações Internacionais, 45 (1), 2002, pp. 146-155.
- Ela, Marc, “Los caminos del afrorrenacimiento”, en A. Abiñana (ed.), *Geopolítica del caos*, Madrid, Debate, 1999.
- Mengisteab, K., *Globalization and Autocentrity in Africa's Development in 21st Century*, Trenton, Africa World Press, 1996.
- Mkandawire, Th. y Soludo, Ch., *Our Continent our Future*, Trenton, Codesria-Africa World Press, 1998.
- Nyongo, Peter Anyang’, “Preconditions and Prospects of an African Renaissance: A view from East Africa”, en *Development and Cooperation*, núm. 3, mayo-junio de 2001, p. 16.
- Ramonet, I. (comp.), *Afrique en renaissance, manière de voir*, núm. 51, mayo-junio de 2000.
- Rok, Ajulu, “Thabo Mbeki’s Africa Renaissance in a Globalising World Economy: The Struggle for the Soul of the Continent”, en *Review of African Political Economy*, núm. 87, vol. 28, pp. 27-42.

Periódicos africanos

Daily Trust (Abuja); *Ghanaian Chronicle* (Accra); *La Tribune* (Argel); *Le Soleil* (Dakar); *Le Journal de l'Économie* (Dakar); *Mail and Guardian* (Johannesburgo); *New Vision* (Kampala); *The East African Standard* (Nairobi); *The Herald* (Harare); *Notre Vie*

(Abitjan); *Sidwaya* (Ougadougou); *The Daily News* (Johannesburgo); *The East African Standard* (Nairobi); *This Day* (Lagos); *The Nation* (Nairobi).

Periódicos europeos

The Guardian (Londres); *Le Monde* (París); *El País* (Madrid); *Le Monde Diplomatique* (París); *Jeune Afrique/L'intelligent* (París).

En el sitio www.allafrica.com se encuentran completos todos los documentos referentes a los planes citados. Los artículos de los periódicos africanos han sido consultados en el mismo sitio y los periódicos europeos en sus respectivas páginas web.